



Jenofonte continuó la historia griega de Tucídides. Hijo de Atenas, amigo de Agesilao, escribió la historia de su país; general hábil al mismo tiempo que grande historiador, refirió con admirable talento la magnífica retirada que constituye su gloria y la de su ejército. Inspirado por las Gracias (1), pintó á Ciro como el ideal de un monarca; discípulo de Sócrates, atribuía al favor ó á la cólera de los dioses los buenos ó los malos acontecimientos; la piedad de su maestro se refleja en sus escritos (2).

No era bastante para Atenas haber producido los dos primeros historiadores de la Grecia. Vencedor de los persas, Esquilo depuraba la tragedia de su grosera máscara. La acción se une á la relación; el carro de Tespi llega á ser una majestuosa escena, en donde el gran poeta, consagrando sus acentos al «tiempo,» formando sus actores, ridiculizando él mismo sus piezas, encantaba á los helenos: «el terror marchaba delante de él con la cabeza levantada hasta el cielo.» Era el vuelo del águila, el genio de la creación (3).

Después de él vino Sófocles: este grande hombre, que ya, después de la batalla de Salamina, se había hecho notar á la cabeza de los vencedores que cantaban junto á un trofeo por la belleza de su figura y por los armoniosos acordes de su lira; este hombre que mandó los ejércitos y que á la edad de ochenta años hacía

(1) Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis*.

(2) Jenofonte compuso «la Apología» y las «Memorias de Sócrates,» y muchos tratados filosóficos, «el Económico,» los «Banquetes» y la «Constitución de Esparta y Atenas.» A los noventa años de edad escribió su tratado de las «Rentas del Atica.» Ha dejado los opúsculos titulados «la Equitación, el Comandante de caballería, la Caza.» Su obra principal es el *Anabasis*, relación de la retirada de los diez mil. La continuación de Tucídides tiene por título *Helénica*, los *Helanos*, en siete libros. Se tiene de él un *Elogio de Agesilao*, y la *Citropedia*, que es más bien un romance que una historia, y en la cual las gracias de la narración encubren un fondo que es una completa ficción.

(3) No nos quedan de él más que siete tragedias de las setenta y tantas que había hecho representar. Estas son: *Prometeo encadenado*, los *Persas*, los *Siete jefes contra Tebas*, la *Orestia*, trilogía formada de *Agamemnon*, los *Cóeforos* y las *Euménides*, las *Suplicantes*.

el *Edipo en Colonna*, triunfó de Esquilo su rival en los juegos públicos, y sin embargo llevó su duelo y lloró sobre su tumba (1).

La gloria de Herodoto había hecho á Tucídides; la de Sófocles hizo á Eurípides (2). Genio altivo y severo, el amigo de Sócrates se puso de frente á los vicios de los hombres y á las pasiones de los grandes; pero el primero de todos, afrontando los excesos, le representó en su más embriagadora expresión, y frecuentemente el teatro aplaudió el drama sin detestar el crimen. Era casi descender del elevado papel de la tragedia; era faltar á su fin traspasándolo.

Eurípides representaba con una admirable conveniencia de lenguaje de los hombres tales como son; Sófocles había hecho los modelos, los héroes hablan un lenguaje pomposo y magnífico; Esquilo los seres sobrehumanos, cuya palabra se eleva algunas veces por encima de la inteligencia del hombre. Más trágico quizá en sus desenlaces que Sófocles y Esquilo, Eurípides no sabe disponer como ellos sus asuntos ni conducir sus acciones, y en último análisis puede decirse que si el genio creador pertenece á Esquilo, si Eurípides brilla por el estilo y la pasión, á Sófocles corresponde principalmente el genio dramático por excelencia.

Después de estos tres grandes hombres, es preciso no olvidar los nombres de la pléyade de poetas trágicos de segundo orden, á quien su gloria les hizo manifestarse, y que algunas veces rivalizaron con aquellos. Frínico, por ejemplo, con quien Temístocles formaba coro, y que obtuvo un éxito extraño por su pieza *La Toma de Mileto*: los atenienses se deshicieron en lágrimas de admiración, y condenaron al autor á

(1) Sófocles había compuesto más de cien piezas; no poseemos de él más que siete: *Antígonas*, *Electra*, *Filoctetes*, los *Traquimias*, *Edipo rey*, *Ayax*, *Edipo en Colonna*.

(2) De las noventa y dos ó setenta y cinco piezas, porque todavía no hay acuerdo respecto de las cifras, debidas á Eurípides, nos quedan diez y ocho: *Alceste*, *Medea*, *Hípólito el coronado*, *Yon*, *Hécuba*, los *Heráclidas*, *Andrómaca*, las *Suplicantes*, las *Trojanas*, *Electra*, *Elena*, *Ifigenia en Taurida*, *Orestes*, las *Fenicias*, *Hércules furioso*, las *Bacantes*, *Ifigenia en Aúlido*, el *Cíclope*.



mil dracmas (850 pesetas) de multa, por haber pintado con tan vivos colores los males que Atenas habría podido impedir. Otros varios ilustran las páginas de la literatura griega.

Hermana de la tragedia y nacida en la risueña tierra del Atica, la comedia, limitada desde luego á los entremeses de Susarion, no formó cuerpo ni acción, sino bajo Epicarmo de Sicilia. Su innovación hizo furor en Grecia, y Atenas la acogió como la nueva de una victoria. El siglo de Pericles estuvo también ilustrado por este género de poesía; jocosa y punzante con Magnes, acre y personal con Cratino, alegre con Crates, delicada con Ferecrates, severa con Eupol, la comedia fué graciosa y perversa con Aristófanes (1).

Pero esto no era más que un disfraz ridículo, chistes con frecuencia obscenos y casi siempre groseros, puestos al servicio de todas las enemistades, de todos los odios que atacaban el mérito y lo fútil, que insultaban á los dioses y á los hombres, no perdonando ni al genio ni á la virtud, é injuriando á Temístocles, Eurípides y á Sócrates, del mismo modo que ellos escarneaban al populacho de Atenas. Sin embargo, el pueblo se irritó, y Anaxandrides, fué condenado á morir de hambre.

Por último, apareció Menandro (2), genio lleno de vigor y de gracias, que, creando todos sus personajes y no representando más que fábulas, supo utilizar los errores de los antiguos y las observaciones de los modernos, y consiguió el verdadero ideal de la comedia.

La historia, la tragedia y la comedia necesitan de los grandes hechos y de las artes; los anales de la Grecia ofrecieron materia á la primera; á las otras dos le proporcionó magníficos

(1) Aristófanes hizo representar cincuenta y cuatro comedias; pero no tenemos íntegras más que once, que son los *Acaruanos*, los *Caballeros*, la *Paz*, obras de sátira política; las *Nubes*, las *Alispas*, la *Asamblea de las Mujeres*, *Pluto*, obras de sátira filosófica; las *Fiestas de Ceres*, las *Ranas*; obras de sátira literaria, y por último, las *Aves*, donde se encuentran todos los géneros.

(2) De las ochenta comedias que escribió Menandro, ninguna hay completa. Véase un estudio muy interesante y muy erudito de M. Guillermo Guizot sobre este gran cómico.

auxiliares el siglo de Pericles. La música, considerada bajo el punto de vista moral y de su influencia oriental en la filosofía, quedó reducida muy pronto á las ceremonias religiosas y á las solemnidades teatrales. Timoteo descubrió nuevos tonos y un ritmo hasta entonces desconocido, que sirvieron para acompañar á los coros de Eurípides.

Al mismo tiempo, bajo la dirección del ilustre Fidias (1), la ciudad de las artes se embelleció con monumentos que han sido la admiración de los siglos por sus agraciadas proporciones, por la riqueza y pureza de sus adornos, por el gusto excelente de todos sus detalles y por la perfección de su conjunto. La escultura, importada de Egipto, y cuya primera expresión fué los Hermes del Peloponeso, tomó bajo el cincel de Fidias y de Alcámeno la expresión más majestuosa.

Mirando al Júpiter Olímpico ó á la Minerva de Atenas, podían los griegos llegar á creer que los dioses habían descendido á sus templos. Policletes, Miron, Escopas y Praxiteles, herederos del talento y de la gloria de sus predecesores, formaron hasta Lisipo una serie de escultores, cuya fama podrá tener igual, pero jamás otra superior.

La arquitectura y la escultura fueron las artes predilectas de la Grecia. La pintura, casi tan apreciada como las dos anteriores, estuvo muy lejos de alcanzar semejante perfección. El arte de iluminar de los egipcios principió á caer en desuso hacia el comienzo de las guerras médicas. Entonces es cuando el hermano de Fidias, Panemo, pintó en un pórtico de Atenas la batalla de Maratón, llenando de admiración á los espectadores cuando reconocieron á los jefes de los dos ejércitos (2). La pintura había nacido.

Polignoto dió expresión al semblante y trató de reproducir la belleza moral. Apolodoro empleó las sombras y la luz: «He hallado secretos, decía; pero me los han arrebatado: el arte está en poder de Zeuxis.» Zeuxis había

(1) Véase sobre Fidias el estudio de M. Beulle, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes.

(2) Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis*.



descubierto los colores estudiando la naturaleza; Parrasio fué el legislador del arte por el estudio de las proporciones, por la pureza de los rasgos y la correccion de los dibujos. Timante fué casi un genio; Eufanor cultivó con éxito todos los géneros, y Pánfilo fué maestro de Apeles. Vencedor de todos sus rivales, el primero de todos los pintores de la Grecia, sólo Apeles tuvo la gloria de reproducir los rasgos de Alejandro el Grande. Tal fué el premio de su gran genio.

Las letras y las artes no eran bastantes para alimentar la vida intelectual de la Grecia.

También merece un lugar preferente entre las ciencias la medicina, de origen religioso, y elevada por *Hipócrates* al más alto grado de precision mediante la observacion, al mismo tiempo que la revestia de un carácter de generosidad y de abnegacion (1).

Ningun género de gloria debia faltar á la Hélade.

En este país donde, como decia *Ciro el Grande*, «cada ciudad tiene una plaza pública en la que se reúnen los habitantes para enganarse por falsos juramentos,» el arte de la palabra debió elevarse á un poderoso desenvolvimiento. Todo se hacia por la palabra en estos gobiernos de deliberacion pública.

La elocuencia conducia á todo; ella fué el primer estudio de la Grecia, desde Teseo, que persuadió á sus súbditos á la union, y desde Solon que los enseñó por un momento la paz y la concordia, hasta Alejandro, que arrancó á Corinto la declaracion de guerra contra los persas (2), ¿cuántos oradores no debió producir esta tierra de libertad? ¿Cuántos sobre todo debieron contarse en la democrática ciudad de Atenas, en donde el pueblo era á cada instante reunido sobre el Agora, en donde una palabra de Aristides decidia la defensa de Maraton,

(1) Hay diversos tratados de *Hipócrates*, que son las obras maestras de precision nosográfica. El más célebre que nos queda es verdaderamente filosófico: tal es el de los *Aires*, el de las *Agua*s y el de las *Localidades*. Véanse los trabajos del doctor *Darrember*.

(2) El rey «después de haber discutido, persuadió,» etc. *Diodoro*.

una palabra de Temistocles el abandono de la ciudad y Salamina; un discurso de Pericles el destierro del glorioso Cimon y el imperio de la Grecia; una palabra de Alcibiades la expedicion de Sicilia; en donde una sola arenga hacia cambiar de un día á otro los decretos de toda la república!

De estos grandes oradores nacieron los retóricos, herederos de su ambicion, y no siempre de su talento. A los hombres de genio sucedieron los hombres de reglas; á la elocuencia, la retórica. El arte de bien decir fué reducido á preceptos ó traducido en ejemplos; y aparecieron en la Grecia con extraordinario éxito Protágoras, Prodicó, Gorgias, á quienes se les erigió estatuas. Platon supo vengar el buen sentido ultrajado, mofándose de todos estos cultos.

Estos retóricos vendian su ciencia, y también se sucedieron oradores que, hombres de un espíritu y de un talento superior á veces, vendieron su palabra y se pusieron á sueldo de los partidos ó del extranjero. Estos eran Antifon, Lisias, Isócrates, de dulce y agradable lenguaje, que empleó quince años, segun se dice, en componer su mejor discurso, el *panegírico de Atenas*.

Isco, de palabra vigorosa y fuerte, Esquines, sucesivamente danzante, escribano, embajador, y uno de los jefes del Estado en Atenas; Hipérides, discípulo de Platon, como el precedente, y mucho más recomendable; Demóstenes, en fin, el orador más famoso de la Hélade. Este hombre, de inseguros hombros, de ademan austero y triste, que se frotaba siempre la cabeza con impaciencia, y á quien sus rivales llamaban serpiente; este hombre, insoportable por su vanidad y sus ridiculeces, temblando ante una espada y no atreviéndose á hablar enfrente de Filipo de Macedonia, tan pronto como aparecia en la tribuna, afrontaba con una maravillosa valentía el clamor y el enojo de la multitud y todo el tumulto de la plaza pública. Genio vigoroso y sublime, dominaba con su imponente palabra á sus rivales y á sus enemigos, dirigiendo á su antojo todas las pasiones de Atenas y de la Grecia, sublevándolas todas contra el rey de Macedonia, y amotinán-



do todas las envidiosas democracias contra el genio del conquistador. Pero esta alma fué vil y despreciable: Demóstenes vendió su mujer á un libertino y su patria al rey de Persia. Su genio estaba al servicio de la traicion.

Y esto era el último término de la virtud antigua en la época de Alejandro. No habia, por decirlo así, en estos hombres generosa ambicion; el interés bajo y vil les impulsaba solamente á obrar. La virtud habia llegado á ser un ridiculo. Focion pasaba por un loco. El oro, el deleite, eran las únicas necesidades de esta Grecia tan envanecida, de estos sábios, de estos oradores, de estos poetas, á los cuales parecia haberse concedido el genio para hacer resaltar todavía más la deshonra de su vida.

Tales eran, por tanto, los elementos con los cuales Alejandro iba á arrojarse sobre el Oriente. Es cierto que mezclaba con estos elementos la rudeza macedónica, y que esta sangre guerrera podia todavía reanimar las aniquiladas fuerzas del Oriente.

La decadencia reinaba por todas partes en estas vastas comarcas, desde la China, en donde la anarquía desolaba las provincias, desde la India, en donde la guerra y los tributos diezmaran y arruinaban á los habitantes, hasta el Asia Central, que á duras penas se sublevaba contra el pesado despotismo de la corte de Susa. Infamia y traicion en los jefes, embrutecimiento en el pueblo; la avaricia en presencia de la miseria; el orgullo enfrente de la degradacion en el culto, en los espíritus, en las creencias, en las artes: más valia la Grecia.

Alejandro sometió el Asia; pero ¿qué resultará de este inmenso cambio de costumbres y de ideas? Fuera de los designios de Dios, que se cumplen sin conocimiento de la tierra y á pesar de ella, comienza y se engrandece cada vez más el vasto caos humano que en tres si-

glos invadirá todo el globo; las ideas occidentales serán origen de él.

Alejandro levanta el templo de Belo como el de Efeso, sacrifica á Jehovah como á Júpiter y á Amon; es el tipo del mundo que va á nacer de él, del mundo que arrastra sus serviles votos de altar en altar, divinizando todas las debilidades y adornando todas las deshonras. Confusion en los espíritus, pérdida de toda tradicion, ruina de toda verdad, union en el mal y en la falsedad; tal es el espectáculo que presenta la humanidad en la época de la gran conquista macedónica.

Al trastorno que causó esta conmocion general, seguirá un violento estado de lucha y de guerras, en el cual las incesantes divisiones de los jefes destrozarán las naciones. Agitado entre todas estas ambiciones, jugado y perdido en cien batallas, entregado á todo viento de turbacion y de conquista, el mundo, formado un instante por la poderosa mano del macedónico, caerá pedazo á pedazo con extrañas convulsiones; anarquía gubernamental, reproducida de una manera más terrible todavía en la anarquía de la inteligencia.

Al escuchar todos los rumores de este mundo, no se distingue más que un sordo mugido. Nada brilla en esta tenebrosa oscuridad; las tradiciones se pierden, los reformadores desaparecieron; los sábios no se atreven á levantar la voz, la profecia santa está muerta también; nada se ve entre Alejandro y Augusto, como no sea la feroz dominacion romana, que abate una á una las coronas y las antiguas ciudades, exceptuando el estruendo de los imperios, que se derrumban bajo el hierro de las legiones; en las elevadas regiones de la inteligencia oyóse al fin, un largo gemido de dolor y un profundo suspiro de expectacion y de esperanza: después de la espada de Roma, levantóse el sagrado leño del Calvario.